

El Dr. Salvador Allende Gossens a 100 años de su nacimiento: una deuda pendiente

Dr. Carlos Molina Bustos¹

Cuadernos Médico Sociales publica el siguiente Testimonio y Homenaje del Dr. Carlos Molina Bustos a la figura del Dr. Salvador Allende Gossens y hace uso de la ocasión para reconocer en la persona del autor al grupo de salubristas que colaboró directamente con el Presidente Allende en el área de la Salud Pública.

Hace ya 35 años, el Dr. Molina Bustos se incorporaba al 'Comité Sectorial de Salud', órgano de transición entre el Gobierno entrante del Presidente, Dr. Salvador Allende -sujeto de la reseña que aquí publicamos y el Gobierno saliente de Don Eduardo Frei Montalva. Formaban el Comité, seis miembros, representando a la coalición de partidos que formaban la Unidad Popular.

Entre los más jóvenes del grupo, el Dr. Molina terminaría sus funciones al ser nombrado Subsecretario de Salud, cargo que ejercería durante todo el Gobierno Allende, permanencia que, -con excepción del de Ministro-, sería la regla de todos los altos cargos funcionarios del Ministerio.

Gineco-obstetra de especialidad, el Dr. Molina Bustos pronto se aclimató a las exigencias del cargo, segundo en la jerarquía ministerial, y de característica única: el 'despacho' semanal [nombramientos, proyectos de ley, etc...] con S.E el Presidente de la República, implicando una relación de frecuencia e intimidad que ningún otro cargo posee. De allí la posición excepcional del Dr. Molina Bustos para enfrentar su tema, y la absoluta individualidad de su enfoque.

El Golpe militar lo haría exilarse. México sería su destino; hasta el regreso y los avatares de reanudar una carrera profesional, en la clínica y la Salud Pública.

El Dr. Molina Bustos ha agregado a su curriculum académico, el grado de Magíster en Historia, dándole un arsenal metodológico adicional para analizar el tema del artículo que publicamos.

En el año 2007, el Dr. Molina fue Profesor Titular, por concurso, de la Cátedra 'Dr. Salvador Allende', Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Recibido el 06 de marzo de 2008. Aceptado el 24 de abril de 2008.

¹ Médico-Cirujano. Magíster(c) en Historia Universidad de Chile. Unidad de Patrimonio Cultural de Salud. División de Planificación Sanitaria. Subsecretaría de Salud Pública. Ministerio de Salud. Chile. Correspondencia a: ca.molina@vtr.net

El 26 de Junio de este año 2008 se cumplirán 100 años del nacimiento del Dr. Salvador Allende Gossens. Varias son las instituciones sociales y algunas académicas que se preparan, en Chile y en el extranjero, para conmemorar este significativo aniversario. Justo me parece apuntar que, hasta el momento, parecen ser más numerosas y entusiastas las organizaciones extranjeras que las nacionales, las interesadas en traer hasta nuestro presente, los extraordinarios perfiles históricos de uno de los grandes protagonistas de la historia del siglo XX chileno. Ciertamente, detrás de este olvido elitario, que contrasta con la presencia permanente de su recuerdo en el alma popular, parecen encontrarse los bordes que separan a la sociedad humana en bloques y segmentos de clase, a pesar de los expandidos límites de la comunicación contemporánea.

Para los profesionales y todos los trabajadores de la salud de Chile y América Latina, rescatar, conservar y preservar la memoria del Dr. Salvador Allende constituye una deuda pendiente con nuestra identidad nacional y con nuestra tarea de valorizar y difundir, el aporte que las luchas por el derecho a la salud han hecho al inacabado y permanente proceso de emancipación nacional.

I. A MODO DE INTRODUCCIÓN

Lo que hoy parece escrito, como una historia posible, del Dr. Salvador Allende Gossens consagra al personaje como uno de los médicos políticos chilenos más importante del siglo XX. En efecto, más allá de las connotaciones ideológicas y políticas, la "historia oficial", incipiente aún, así lo describe.

Con mayor generosidad y en un esfuerzo historiográfico serio, el Profesor Ricardo Cruz-Coke publicó en la Revista Médica de Chile en el año 2003 un trabajo titulado "Síntesis Biográfica del Dr. Salvador Allende G.", cuyo párrafo inicial señala: *"Al cumplirse 30 años de su trágica muerte, Salvador Allende Gossens ocupa un alto sitio en la Historia como símbolo paradigmático de la caída de los socialismos reales. Como el médico-político chileno más famoso de su tiempo, las huellas de su vida quedaron inscritas en el siglo pasado, en las páginas de la Revista Médica*

de Chile en varios trabajos de referencia que citamos. Pareciera pues oportuno reconstruir su memoria histórica con una visión más tranquila del largo tiempo ya pasado". (1)

No obstante, para los que fuimos protagonistas del Gobierno de la Unidad Popular y en muchos casos actores políticos y testigos contemporáneos de Salvador Allende, la historiografía chilena tiene una deuda pendiente con su memoria, en tanto los significados de su vida de actor político y social relevante, no pueden ser estudiados desde promontorios epistemológicos que pretendan separarlo y aislarlo de la historia de las luchas del pueblo chileno por su emancipación.

En tal virtud, me atrevo a afirmar en estas páginas que toda referencia a Allende que no lo sitúe como parte de la acción de los sujetos sociales responsables de la historia social y política chilena, es un error historiográfico. Las historias que de él se han escrito o se escriban, parciales, descontextuadas y/o abstractas operarán, necesariamente y más allá de los propósitos de quienes las escriban, como errores heurísticos que, al no crear conocimiento, no permiten comprender cómo ocurrieron los hechos políticos que interesan y por qué ocurrieron de ese modo. Es decir, estudiar a Salvador Allende a fondo sólo es posible, estudiando la historia del movimiento popular chileno del siglo XX. Y porque este esfuerzo está pendiente y de algún modo impedido en nuestro Chile de hoy, la figura de Salvador Allende se nos aparece oscurecida, mistificada, singularmente deformada y empequeñecida en la medida, que sus significados mayores y sus atributos históricos que permanecen y subyacen en la memoria popular, son ocultados por el cuento oficial.

II. EL TRAYECTO DE ALLENDE: DESDE SUS ORÍGENES HASTA LA MONEDA

Allende nació en Valparaíso, el 26 de Junio de 1908, en el seno de una familia burguesa, positivista y radical del siglo XIX. Uno de sus bisabuelos, el Dr. Vicente Padin, fue decano de la Facultad de Medicina entre 1863 y 1864. Su abuelo, el Dr. Ramón Allende Padin, fue Médico Jefe de las tropas del Ejército de

Chile durante la Guerra del Pacífico y Gran Maestro de la Masonería. Su padre, Salvador Allende Castro, fue abogado, también masón y radical, notario y posteriormente, miembro de la Corte de Apelaciones de Valparaíso. Su madre, Laura Gossens, una dama católica de origen belga.

Siendo su padre notario, la familia se trasladó a vivir sucesivamente a Tacna, Iquique, Santiago y Valparaíso, por lo que Salvador, en su juventud, llevó una vida itinerante estudiando en los respectivos liceos de esas ciudades. Así en 1919 estudió en el Instituto Nacional en Santiago y luego en el Liceo Eduardo de la Barra en Valparaíso. Hizo el servicio militar en 1925 en el Regimiento Lanceros de Tacna y también en el Coraceros de Viña del Mar.

El regreso a Valparaíso se produjo en 1921. Allí Allende, conoció a Juan Demarchi, viejo zapatero anarquista que, según los propios relatos de Allende, tuvo una influencia fundamental en su formación política. Sin embargo, no parece clara la influencia real de este personaje, cuyo significado Salvador embellecía.

No obstante haberse sentido atraído por la profesión de abogado de su padre, entre 1926 y 1933 cursó los estudios de Medicina, ciertamente impulsado por sus destacados antecedentes familiares y sus especiales inquietudes por los problemas sociales. Fue en la Escuela de Medicina donde forjó su conciencia médica muy asociada a su inspiración socialista. Son los años de la dictadura del General Ibáñez en los que se consolidaron las instituciones del Estado Asistencial de la década de los años veinte, con que las elites dominantes dieron respuesta a la "cuestión social", que sacudió la vida política y social del país. Década de cambios sociales en la que, junto al movimiento obrero, emergen las capas medias y las primeras organizaciones de la profesión médica, particularmente, el Sindicato de Médicos de Chile, encabezado por los hermanos Grove, médicos que se vincularon con la familia de Allende.

Ricardo Cruz-Coke señala que todo eso creaba "*un ambiente propicio para la formación de un joven revolucionario*".

Fue dirigente del Centro de Estudiantes de Medicina en 1927 y Vicepresidente de la Federación de Estudiantes de Chile en 1930. En 1931, por razones políticas, fue suspendido de sus actividades estudiantiles y gremiales, las que recuperó en 1933 titulándose de Médico Cirujano ese año con su Tesis "Higiene Mental y Delincuencia", un objeto de estudio claramente vinculado a la Salud Pública

En base a su experiencia de varios años de interno en la Casa de Orates, en la sección reos, Allende profundizó en esa época el estudio de las causas de la criminalidad, estudiando con los médicos de la Liga de Higiene Mental los progresos científicos de la época. Las causas de la criminalidad se atribuían, en ese tiempo, a la acción de la herencia innata y su interacción con factores ambientales y sociales. Allende proponía para la prevención de la criminalidad la corrección de factores sociales negativos y la esterilización de los insanos para que no transmitieran sus taras hereditarias a sus descendientes, concepto muy en boga en esa época en Alemania y Estados Unidos.

Al final de sus estudios médicos trabajó en la Asistencia Pública de Valparaíso y en el Servicio de Anatomía Patológica del Hospital Carlos Van Buren de esa ciudad.

Toda su vida pública estuvo marcada por su temprana vinculación al Partido Socialista, del que fue uno de sus fundadores en 1933, luego de haber participado activamente en el grupo Avance y de haber sido un gran partidario de la República Socialista, en Junio de 1932. Por estas razones fue perseguido por el gobierno de Arturo Alessandri y relegado a Caldera en 1935.

Por esos mismos años concurrió a la fundación de la Asociación Médica de Chile como miembro de su Directorio Nacional, integrando además el grupo Vanguardia Médica de la corporación médica, que fue el grupo responsable del nacimiento teórico y técnico de la Medicina Social Chilena. En 1935 fue editor del Boletín Médico de Chile y organizador de la Revista de Medicina Social de Valparaíso.

En la década de los años treinta, Allende se erige en un constructor de la organización socialista en Valparaíso. Fue secretario de núcleo, secretario seccional y secretario del Comité Regional de Valparaíso, siendo elegido Diputado en Marzo de 1937 y Subsecretario General del Partido.

Junto a estas actividades en el seno de su Partido Socialista, Allende contribuyó decisivamente a la unificación de las fuerzas políticas de la Izquierda Chilena, en torno al Frente Popular, característica central de toda su vida política y probablemente, uno de sus sellos históricos más propios.

Poco tiempo después del triunfo del Frente Popular en 1938 fue designado Ministro de Salubridad y Asistencia Social. En 1939 publicó su trabajo principal, "La Realidad Médico-Social Chilena", obra señera de la salubridad y la medicina social chilenas. En ella desarrolló un análisis demográfico y sanitario del país, con un gran énfasis en la vivienda y en la jerarquía de los factores económico-sociales como condicionantes del bajo nivel de salud del pueblo chileno, creando con ello las bases doctrinarias del nuevo concepto de la salud y la enfermedad, que se habría de oponer a los planteamientos sustentados por el pensamiento conservador, representado por Eduardo Cruz-Coke y al pensamiento de los radicales, al interior del Frente Popular.

Estas contradicciones al interior del Frente Popular, como entre el Frente y los partidos políticos de la derecha, habrían de marcar decisivamente el curso de la historia de las instituciones sanitarias chilenas por el resto del siglo XX.

Después de describir la vida de las clases trabajadoras, Allende identificó los problemas centrales de salud del país como aquellos ligados al binomio Madre-Niño, a la Tuberculosis, las enfermedades venéreas, el alcoholismo, las enfermedades profesionales ligadas al proceso moderno de trabajo industrial.

Consecuentemente, inició el proceso de definición de los medios, las estrategias y las políticas necesarias

para enfrentarlos, trazando las ideas generales para el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo y de lo que él llamó "*el capital humano*", a través de una política de salarios, de alimentación popular, vivienda y arrendamientos para combatir la usura y la especulación.

Así apareció la necesidad de reformar la previsión y la institucionalidad sanitaria nacional, abriendo la perspectiva hacia un servicio único nacional de salubridad, hacia la medicina preventiva y la integralidad de los servicios, fortaleciendo el fomento y la protección de la salud, los servicios médicos de las cajas de previsión unificados, la prevención y atención de los accidentes del trabajo y un programa nacional de medicamentos.

En 1941 envió al Congreso Nacional el proyecto de ley de reforma de la previsión social y de la salud pública chilenas que habría de culminar en 1952, con la creación del Servicio Nacional de Salud y el Servicio del Seguro Social.

Desde 1945 hasta 1970 fue Senador de la República, Vicepresidente y Presidente del Senado. Fundador del Colegio Médico de Chile en 1949, alcanzó a ser su Presidente Nacional durante cinco años hasta 1963.

Candidato a la Presidencia de la República en 1952 por el Frente del Pueblo, en 1958 y 1964, a nombre del Frente de Acción Popular y finalmente en 1970, encabezando la Unidad Popular, Salvador Allende ha inscrito su nombre para siempre, como uno de los forjadores más relevantes de la unidad de las mayorías nacionales, de la unidad de la clase obrera, de la unidad de los campesinos con los obreros, de la unidad de los sindicatos en federaciones en torno a una Central Única, de la unidad de los jóvenes, los intelectuales y las capas medias, de la unidad popular.

El 4 de Noviembre de 1970 asumió la Presidencia de la República.

III. BASES DE LA POLÍTICA DE SALUD DEL GOBIERNO POPULAR

En su primer Mensaje al Congreso Pleno en Mayo de 1971, Salvador Allende planteó como marco doctrinario de su política de salud que *“el pueblo expresa sus necesidades y problemas de salud vinculados a sus condiciones de vida, a través de la participación y que la salud es un proceso dialéctico, biológico y social, producto de la interacción del individuo y del medio ambiente, influido por las relaciones de producción de la sociedad, que se expresa en niveles de bienestar y de eficiencia física, mental y social, de niveles de vida y de cultura. Es una obligación ineludible del Estado y sólo una sociedad socialista podrá solucionar integralmente. Su camino estratégico es el Servicio Único de Salud”*. (2)

A partir de esas definiciones, el Gobierno de Allende y el movimiento de masas pusieron en marcha las estrategias maestras fundamentales: un vigoroso y creciente proceso de participación de la población en la salud pública, a través de todas sus organizaciones y en todos los ámbitos nacionales y un fundamental proceso de democratización de todas las estructuras e instituciones sanitarias del país.

La primera de estas estrategias básicas que movilizó y organizó a miles de ciudadanos en todo el país, en torno a las campañas y programas de salud, se expresó en *“la presencia masiva de la gente en las calles. Pero ya no se trataba de las imágenes de multitudinarias formaciones en marcha, que obviamente se acrecentaron, sino de la acción de la gente, de los jóvenes, de los profesionales, de los pobladores en las calles construyendo plazas, realizando trabajos voluntarios, alfabetizando, vacunando, educando...cada uno de los chilenos que apoyaba al gobierno se sentía comprometido en ayudar a la enorme tarea del enfrentamiento de la miseria material, fisiológica, cultural y moral”* (3).

En Septiembre de 1971 a través del Decreto Supremo 602, se puso en marcha el proceso de democratización de todas las estructuras e instituciones de salud del país, con la creación de los Consejos Locales de Salud en cada uno de los

establecimientos del Servicio Nacional de Salud, integrados por representantes de las organizaciones poblacionales y unidades vecinales, los sindicatos urbanos, consejos campesinos y de los trabajadores y profesionales de la salud y los Consejos Paritarios entre los funcionarios de la salud y los representantes sociales. Todos ellos en todos los niveles de la organización sanitaria nacional.

Ambas estrategias descritas no tenían precedente en la historia nacional ni se han vuelto a repetir hasta hoy.

Los impactos epidemiológicos de los programas y campañas han quedado grabados en todas las estadísticas e indicadores publicados de mortalidad y morbilidad, así como los incrementos nunca más igualados de aumentos del gasto público y fiscal en salud.

IV. EL GOBIERNO DE ALLENDE. EL GOBIERNO DE LA UNIDAD POPULAR: CULMINACIÓN DE LA DEMOCRACIA Y UNA PROPUESTA DE TRANSICIÓN AL SOCIALISMO

Acordarse, acordarnos de la Unidad Popular y de su gobierno significa de modo simultáneo acordarse y acordarnos de Salvador Allende. Significa recordar el instrumento político más sólido y consistente generado por los trabajadores chilenos y la convocatoria más amplia a un profundo proceso de transformación social del país, del que tengamos memoria en el siglo XX y al mismo tiempo, recordar a su líder natural y genuino, efecto y causa al mismo tiempo del proceso social.

Hoy como ayer, constatamos que no es posible y que no es sabio tratar de recordar el proceso histórico de la Unidad Popular y sus significados, sin evocar, sin que se haga presente en el centro del escenario la figura de Salvador Allende.

Ello, porque me parece clara la necesidad de una observación rigurosa de la experiencia histórica que nos permita no sólo describir lo ocurrido, sino también comprender cómo ocurrieron los hechos y por qué ocurrieron de ese modo. De modo que nos permita ir

más allá de la anécdota y adentrarnos en el acaecer de la historia.

Queremos traer su memoria hasta nosotros junto a la memoria del proceso que encabezó, desde la óptica de nuestra convivencia política con él, para situarlo como un factor principal de nuestra historia reciente.

Cuando hablamos de Allende estamos hablando de un líder genuino, cuya legitimidad se construyó tras largos años de dura batalla social, a través de la identificación de su vida con los contenidos y anhelos del alma popular de su tiempo, lo que lo erige en un prócer nacional y popular.

Los documentos históricos, los testimonios y las vivencias de sus contemporáneos, nos permiten afirmar que Allende fue un intérprete y un conductor de esos a los que las grandes mayorías siguen como propios y establecen con ellos una relación de interdependencia que identifica y potencia la fuerza de ambos.

La Unidad Popular de Allende es la culminación de un largo proceso de maduración política, social e institucional de Chile, cuya iniciación puede fincarse en los albores del siglo XX, particularmente con la emergencia del movimiento obrero y a partir de la década de los veinte, con la emergencia de las clases medias al escenario urbano social y político del país.

Se trata de un proceso de maduración, en la conciencia pública y social, de la facultad de la soberanía. Es decir, los distintos sectores sociales emergentes, tanto las clases medias como el proletariado esencialmente urbano, se hicieron protagonistas concretos de la vida social y política cotidiana de Chile.

Entre los años 1938 y 1969, el peso de la civilidad se hace abrumador y el prestigio de la política y sus expresiones diversas y reales de clase, mantienen a las Fuerzas Armadas en sus cuarteles al margen del protagonismo político de los años previos. Tal vez, es sólo en 1969 cuando las FF.AA reaparecen como actores importantes del escenario político nacional.

Desde hoy, nos parece inobjetable la viabilidad del proyecto popular, afirmada en el proceso histórico previo.

Es esta viabilidad del proceso inédito en el mundo, la que le confiere a este período de la Historia de Chile su singularidad máxima y le concita el interés universal.

Se configuró así la diversidad política como una expresión de clases y de proyectos, apareciendo con límites identificables la derecha, el centro y la izquierda. Esta expresión de los tercios de la política chilena, hoy estigmatizada, permitió entender viable el ejercicio de la soberanía popular en el campo de la conducción del Estado y de los diversos mecanismos de las decisiones políticas y económicas.

Este proceso de maduración política tuvo también un correlato institucional en el sentido que la norma fundamental, la Constitución de 1925 y las leyes fundamentales, junto con consagrar en sí mismas la incorporación de los derechos fundamentales de los sectores medios emergentes fue modificada permanentemente, incorporándose al Estado los instrumentos para la modificación de sus propias normas, junto a una nueva legislación progresista y avanzada como la ley de la Reforma Agraria.

Este Estado chileno cuya estructura y normativa era modificable por la soberanía, desarrolló con los sectores populares, desde 1920 a 1970, una relación contradictoria.

En tanto expresión de la clase dominante, reprimió permanentemente al movimiento obrero que emergía con mucha fuerza, así como a sus organizaciones sindicales de clase y a sus partidos políticos, en especial al Partido Comunista.

No obstante, la organización pujante del proletariado y la presencia de los sectores medios incorporados en las primeras décadas del período, algunos con importantes vínculos con el mundo proletario, obligaron al Estado a la construcción de acuerdos sociales que constituyeron una expresión de la viabilidad de la soberanía popular en la institucionalidad y en las

mentalidades del Chile de esos años. Esto en especial en el campo de la educación, de la seguridad social y la salud pública y en la administración general del Estado. La necesidad de la asistencialidad con que la elite liberal chilena dio respuestas a partir de 1920, a la "cuestión social" acumulada desde el siglo XIX, se expresó también en los años previos al tiempo de la Unidad Popular, como expresión de la continuidad histórica, en la construcción de la conciencia pública, de que la política, como expresión de la conducción de la sociedad era seria, posible y viable.

El prestigio social de la actividad política, a pesar de la represión permanente del movimiento popular, forma parte claramente del imperio y de la mentalidad de las mayorías nacionales, incluso de un modo creciente, hasta alcanzar en el Gobierno Popular a la clara mayoría de la población.

Este largo proceso político y cultural culmina en la década de los setenta, en la así llamada "década larga" (1960 – 1973).

La soberanía popular ha emergido a la superficie social en que se ejerce la política y es posible imaginar la Revolución a la manera chilena. En 1964 con la consigna de la Revolución en Libertad, la Democracia Cristiana gana las elecciones con mayoría absoluta.

En 1970 la Unidad Popular con su Programa de transformaciones revolucionarias que propone una Transición al Socialismo, gana las elecciones y es constitucionalmente instalada en el Gobierno del país.

Al examinar el proyecto de la dictadura de transición a la normalidad institucional, se advierte claramente la lección aprendida. La Dictadura decidió construir un Estado y una institucionalidad invulnerable a la soberanía popular.

Un Estado que, en tanto garante del dominio clasista de la oligarquía, no pueda ser modificado por la voluntad soberana.

La democracia cautelada o protegida a la que aspiró la dictadura, debe ser protegida y cautelada de la soberanía ciudadana.

Toda la estructura institucional creada por la dictadura y perfeccionada desde 1990 a la fecha, apuntó a una sociedad política que se auto reproduce y se sostiene, con una prescindencia principal de la soberanía.

El Gobierno de la Unidad Popular puede entenderse también como la culminación necesaria de la viabilización a través de la política, de la incorporación de la sociedad chilena a la modernidad.

Desde esa perspectiva puede comprenderse hoy día, el cumplimiento irrestricto y acelerado del Programa de transformaciones estructurales del país que Allende y la Unidad Popular comprometieron ante la historia.

Casi todo el Programa se cumplió entre la instalación del Gobierno el 4 de noviembre de 1970 y los últimos meses de 1972.

La velocidad de los acontecimientos políticos trascendentes, dominó el escenario nacional.

La necesidad histórica de superar las trabas estructurales de las relaciones sociales del pasado, para desatar el desarrollo de las fuerzas productivas de la modernidad en transición al socialismo, empuja la velocidad de la transformación, dando cuenta así de los cambios trascendentales que tipificaron la segunda mitad del siglo XX a escala planetaria.

Así, a los nueve meses del Gobierno, se había nacionalizado el cobre y las principales riquezas básicas del país, a través de una reforma constitucional que fue aprobada por la unanimidad del Congreso Nacional, en los marcos de lo que se llamó la Doctrina Allende, de la expropiación de los yacimientos e infraestructura de las grandes corporaciones norteamericanas, restándole al valor expropiatorio, las rentabilidades excesivas percibidas por esas Corporaciones extranjeras desde 1958 a 1970.

En el primer año del Gobierno popular se avanzó de modo determinante en la recuperación de los grandes monopolios industriales, en la estatización del aparato financiero a través de la nacionalización de la banca privada y en la aplicación, concreta y profunda, de la Reforma Agraria que acabó con el latifundio histórico y pre-moderno, que sujetaba el progreso del país.

En estos primeros 20 meses de Gobierno los niveles de participación de las organizaciones sociales en la gestión del aparato del Estado y de las grandes empresas productivas, adquirió características desconocidas en la Historia de Chile, a través del uso de los instrumentos legales que la institucionalidad chilena había construido, haciendo de la soberanía popular una práctica concreta, creciente y cotidiana.

En esos pocos meses de Gobierno se produjo una redistribución del ingreso de alcances monumentales que incorporó al consumo de bienes esenciales y de consumo durable, a las grandes mayorías nacionales de modo tal, que los anaqueles de los mercados e instituciones de distribución de la época, comenzaron a vaciarse, a pesar de los extraordinarios aumentos experimentados por la producción.

Todo ello fue posible por la voluntad política de la Unidad Popular y su Gobierno sostenido en un creciente respaldo popular. Así, en las elecciones municipales realizadas en todo el país el 4 de abril de 1971, es decir, a 5 meses de gobierno, la Unidad Popular se transformó en la mayoría del país al obtener el 50.86% del electorado, en una elección democrática impecable en la que las proporciones sumadas de votos nulos y blancos, no superó el 1%.

Esta velocidad de cumplimiento del Programa de Gobierno en los cauces del régimen institucional, expresión inobjetable de la soberanía popular expresada libremente, ratificaba insistentemente la viabilidad política del proyecto transformador y condenaba a la derecha histórica chilena, latifundista y atrasada, carente de proyecto nacional, al término de su hegemonía.

Ante esta velocidad de transformación, con ritmos que nos hacen recordar a los jacobinos del siglo XVIII, los sectores emergentes más lúcidos de la nueva derecha gremialista alentaron desde el principio la necesidad de clase de impedir, con métodos conspirativos, antidemocráticos y violentos la marcha de la soberanía popular. Las primeras frases pronunciadas en la Casa Blanca por Nixon y Kissinger acerca del triunfo de Allende, constituyeron el marco regulatorio de la gran conspiración contra la voluntad soberana expresada en Chile.

Mirada desde hoy día, la Unidad Popular fue una experiencia profundamente inédita. Cursó por caminos originales no transitados anteriormente.

A pesar de haber sido teóricamente desarrollada la hipótesis por los clásicos del pensamiento marxista, no había tenido expresiones políticas prácticas.

A mi juicio su viabilidad política, es decir, su capacidad de adquirir oportunidades desde el interior de un ordenamiento y de un Estado burgués que se pretendía sustituir en la perspectiva de una transición al socialismo, arrancaba de su hibridez, de su relación contradictoria con el Estado existente.

Debemos tener presente, como ya se ha dicho, que el triunfo de la Unidad Popular es el resultado de la construcción, desde décadas anteriores, del sujeto histórico popular concreto como protagonista central del acontecer político.

En la construcción del sujeto popular, junto al desarrollo de los partidos políticos marxistas, socialdemócratas y cristianos, jugó un papel determinante la personalidad histórica de Salvador Allende de modo tal que entre 1952 y 1970 y luego de sucesivas campañas presidenciales, se obtuviera el triunfo del 4 de septiembre de 1970.

El imperialismo norteamericano y la derecha chilena en franco retroceso político, siempre temieron y combatieron las perspectivas del movimiento popular en ascenso.

Ello explica, que este proceso de desarrollo de la voluntad emancipadora de las mayorías nacionales se diera en un escenario y un clima de una lucha de clases de gran intensidad y extensión, llegando en el curso de los mil días del gobierno popular a abarcar todos los territorios y segmentos sociales.

Así el gobierno Popular tuvo la característica agregada de ser acosado desde el primer minuto de su existencia política.

En un cable de France Press del 5 de Septiembre de 1970, se consigna la primera reacción de la Casa Blanca y el Departamento de Estado: *"todo es posible de aquí al 24 de Octubre"* (fecha del Congreso Pleno que debía proclamar al nuevo Presidente).

A partir de aquello, se multiplican las pruebas de la intervención desestabilizadora y financiera de la conspiración en Chile.

El 10 de Septiembre de 1970, se fundó el Movimiento Nacionalista Patria y Libertad de inspiración y conducta fascista clásica.

La prensa nacional consigna el primer plan para asesinar a Allende, el 11 de Septiembre de 1970.

El 14 de Septiembre el cable consigna que Nixon ha almorzado en Washington con sus antiguos empleadores de Pepsi Cola, Donald Kendall y Agustín Edwards, propietario de El Mercurio, principal diario chileno.

El 15 de Septiembre el Presidente Nixon ordena al director de la CIA (Helms) que *"actúe del modo que sea"* para impedir que Allende asuma la Presidencia.

En Octubre es asesinado, por bandas golpistas, el Comandante en Jefe del Ejército, General René Schneider, líder de los militares constitucionalistas.

El Gobierno de Estados Unidos, las agencias internacionales y nacionales del capitalismo hicieron todo para impedir el desarrollo y consolidación del proyecto de transición al socialismo y no escatimaron

esfuerzos por derrotarlo, a través del boicot nacional e internacional, la violencia y el terrorismo, hasta culminar con el golpe de estado.

Al analizar estos hechos con la perspectiva de hoy, lo primero que surge es la viabilidad teórica y política del proyecto popular como una propuesta de transición al socialismo.

Las peculiaridades del sujeto social chileno de la época, con conciencia de historicidad, afianzado en las décadas previas y el carácter híbrido del proyecto en tanto producto del desarrollo institucional chileno que se pretendía transformar y sustituir, le abrían oportunidades y perspectivas de desarrollo y consolidación.

El respaldo creciente en esos años de los sectores populares y los sectores medios, de distintos orígenes ideológicos y de clase, en torno a un Programa de Transición, con definiciones nacionalistas, populares, antioligárquicas y antiimperialistas, en manos del sujeto popular concreto, históricamente constituido y transformado en mayoría activa, constituyó una posibilidad real de desarrollo no capitalista para Chile.

Ello en el marco del escenario internacional de crisis ya instalada de las formas ortodoxas de construcción socialista y en el mundo latinoamericano, como una alternativa a la experiencia cubana, constituían un precedente peligroso para la política del imperialismo y la reacción chilena, que debía ser derrotado a cualquier precio.

El sujeto social chileno, cabalgando en la soberanía popular libremente expresada como voluntad legítima y contra-hegemónica podría abrir los cauces de la emancipación en América Latina y en otras latitudes.

En síntesis, desde mi punto de vista, el sujeto histórico del proyecto de transición al socialismo y el programa de la Unidad Popular, cumplido casi a cabalidad en 2 años, fueron el producto del desarrollo político, social y cultural generado en el seno de la institucionalidad burguesa chilena que pretendieron sustituir.

Esta consideración aparece entonces como un antecedente determinante del carácter que adquirirá el régimen militar desde 1973, así como la base principal del proyecto histórico que este régimen desarrollará.

En Alicia en el País de las Maravillas de Lewis Carroll, la protagonista le preguntó al gato: “¿me podrías indicar, por favor, hacia dónde tengo que ir desde aquí?” y el gato respondió: “Eso depende de adonde quieras llegar”. La figura es pertinente a la historia de la Unidad Popular y su Gobierno. Se suponía un Programa Nacional, popular y antimperialista que condujera al socialismo.

Se intuyó por parte de Allende y algunos sectores, que se aspiraba a un tipo de sociedad socialista cuyos contenidos estuvieran íntimamente vinculados a las tradiciones nacionales de las que había emergido la soberanía popular, transformada en el sujeto social que conducía el proceso.

También se intuía por Allende y otros, que el tipo de tránsito del capitalismo al socialismo, debía basarse en las posibilidades de poder que se habían abierto en la sociedad chilena de la época y no en otras que no tuvieran vigencia concreta en Chile. En esto se afirmaba la originalidad de la metáfora del Socialismo “con sabor a vino tinto y empanadas”.

Desde nuestra visión de hoy, era indispensable ampliar cada vez más los marcos de un frente político de mayorías activas crecientes, que permitiera el juego chileno de las correlaciones de fuerzas.

Como esto no ocurrió, la originalidad y las peculiaridades específicas del proceso chileno, perdieron magnitud, grandeza y poder político.

Ello nos lleva a concluir que la mayor deficiencia de la Unidad Popular, fue no haber sido capaz de pensar el socialismo que se quería construir, a partir de nuestra originalidad.

El problema de los caminos y las vías depende, como en la situación de Alicia, de a dónde queremos llegar.

La gran falla fue una ausencia, una insuficiencia histórica.

V. LA TRASCENDENCIA DE SALVADOR ALLENDE Y SU PROYECCIÓN HISTÓRICA

Yo creo que Salvador Allende es un patriota. Resulta, a mi juicio, indispensable decirlo hoy día desde nuestro universo latinoamericano, en un mundo en que la hegemonía universal de la ideología neoliberal sin contrapesos aún, parece haber descartado lo nacional en la construcción de las utopías y las esperanzas históricas.

Su modo de entender, vivir y comunicar su superior sentido de lo nacional, lo recorre desde la década de los años treinta hasta el 11 de Septiembre de 1973.

El destino lo colocó sobre la faz de Chile en los albores de la organización del movimiento popular. Su vida y su desarrollo coinciden, en el espacio y en el tiempo, con la irrupción en el panorama político y social de Chile de las organizaciones obreras.

Su modo de vivir la chilenidad tiene pues, profundas determinaciones culturales de raíz popular. A ellas se agregan los elementos de su trayecto ontológico en la generación de su propia identidad delineada en la conciencia temprana de la presencia de su abuelo, el Dr. Ramón Allende Padín, de su bisabuelo Don Ramón Allende Garcés, húsar de la muerte de Manuel Rodríguez y combatiente con Bolívar, en Boyacá y Carabobo; o de don Gregorio Allende Garcés, jefe de la primera guardia de honor de Bernardo O’Higgins.

Los que conocimos a Allende sabemos el significado que en su personalidad tuvo la conciencia cultivada de su estirpe. No se trataba de blasones aristocráticos. Se trataba del profundo orgullo que sentía de ser chileno, como un conjunto de determinaciones que lo anclaron a la historia de Chile y que lo vincularon a las bases progresistas y avanzadas siempre presentes desde la fundación de la República, atando su conducta a los más elevados principios éticos de su tiempo.

Con frecuencia, en círculos de intimidad, le gustaba presentarse a si mismo como "Allende, de Chile".

Esta característica principal lo acompañó toda la vida: son innumerables los textos, las referencias y las conductas que lo muestran de modo tal que podemos afirmar, que se transformó en un constructor de la chilenidad más moderna de su tiempo y con ello, de la chilenidad del siglo XXI.

Nada de lo que es chileno le es ajeno; nadie que sienta y que piense en Chile está fuera de su proyecto. Allende hereda así, de los sectores más avanzados de la sociedad chilena del siglo XIX, la aspiración de construir un Estado Nacional, verdaderamente independiente, soberano, moderno y desarrollado, que expresara auténticamente a la nación.

Este rasgo vertebral de nuestro personaje, que atraviesa todo el discurso y todas las actitudes de su vida política, puede constituirse en pieza clave de la modernidad de la primera mitad del siglo XXI: la propuesta de un Proyecto Nacional en el mundo de la globalización de nuestro tiempo; un modo de ser nacional en lo cultural y en lo económico, que nos permita expresarnos como chilenos y al mismo tiempo, desarrollarnos como latinoamericanos y como segmentos de la ciudadanía única planetaria.

Resulta tremendamente alentador descubrir su vigorosa forma de entender y sentir la unidad política y cultural del pueblo de Chile.

Si hubiere que señalar una sola virtud histórica de Allende, esta es su superior sentido de la unidad de los obreros, de la unidad de los trabajadores, de la unidad popular, de la unidad nacional. Como muy pocos personajes de la historia, logra combinar las razones y argumentos del socialismo, que tienden a la descripción clasista de la sociedad, con las poderosas razones culturales arrancadas de la hegemonía burguesa decimonónica, que se confunden con la fundación de la República.

Esto le permitió aplicar, creadoramente el marxismo y el pensamiento revolucionario en general, a la realidad y a la situación del Chile de su tiempo.

Mucho antes que muchos aprendió el valor de la diversidad, la asociación dialéctica entre democracia y socialismo. Todo esto le permitió entender la revolución como una cuestión de las grandes mayorías sociales.

El 18 de julio de 1948, en el Senado de la República, señala: *"No es revolucionario el que por la fuerza, logra transitoriamente mandar. En cambio, puede ser revolucionario el gobernante que llegando legalmente al poder, transforma el sentido social, la convivencia social y las bases económicas del país. Ese es el sentido que nosotros damos al concepto de revolución: Transformación profunda y creadora"*.

Sus contemporáneos siempre lo vimos, desde los años treinta hasta su último día, participando y alentando todos los esfuerzos por construir, por reconstruir, por volver a construir una y otra vez, tantas veces como fuera necesario, la coalición social más amplia de partidos políticos, sindicatos, movimientos cívicos independientes, organizaciones sociales, religiosas y de género en pos de la *"barricada defensiva en la que se cobijan todas las fuerzas democráticas, cuya orientación está basada en el conocimiento pleno de la chilenidad y cuyo destino es servir los intereses del pueblo"*.

Su superior sentido de la unidad nacional lo llevó a luchar por la unidad política de la clase obrera, por la unidad entre los civiles y los militares a los que identifica como *"el pueblo de uniforme"*, así como a luchar por la unidad de todos *"los chilenos que piensan en Chile y su destino,"* cualquiera que sea su ideología.

El 1 de Diciembre de 1943, en carta dirigida al Secretario General del Partido Comunista, plantea la necesidad de *"la unificación de los partidos populares...y darle al movimiento social, el contenido y el vigor doctrinario que permita la solución de sus necesidades y el progreso del país"*.

La integración de las FF.AA. a su proyecto revolucionario de transformación nacional la describe el General Carlos Prats González cuando dice *"lo evidente es que el único Presidente de Chile que*

en 40 años abrió un camino de coherencia a los intereses de la seguridad nacional fue Salvador Allende; compartió e hizo suya la nueva soberanía geoeconómica”.

El 21 de Diciembre de 1970, en la Plaza de la Constitución, con ocasión de la firma del Proyecto de Modificación Constitucional para nacionalizar el cobre, dice: *“Nacionalizar el Cobre ahora, el hierro y el salitre, obligará a una unidad de los que defienden a Chile y sus fronteras económicas. Yo reclamo que estén junto a nosotros aquellos que no tienen nuestro mismo domicilio político ni nuestras mismas ideas, pero que piensan en Chile y en su destino”.*

Lo fascinante de nuestro personaje es que, más allá de que estemos de acuerdo con él o no, debemos constatar que Allende creía realmente en lo que decía y cumplía lo que comprometía. Las relaciones entre la política y la ética se hacen, en su historia, visibles y transparentes, al alcance del más anónimo ciudadano integrante de la sociedad civil chilena.

En tiempos de crisis de trascendencia de la política, en tiempos en que se pierde y parece no entenderse el rol de la sociedad política ni las relaciones entre la soberanía popular y el Estado, es fascinante poder proponer al futuro el ideario moral de Allende.

A riesgo de asumir un enfoque teleológico que puede ser impugnado, no es fácil resistir la tentación de adjudicarle un sentido especial a la enorme perseverancia y al tesón que caracterizaron la presencia política de Allende en la historia de Chile.

A partir de sus principios fundamentales, Allende construye el proyecto y su discurso que entrega a la conciencia del país, desde sus primeros años de dirigente político. Sorprende comprobar la consistencia de sus palabras como Candidato a Diputado, como Ministro de Salubridad, como Senador y como candidato a la Presidencia de la República pronunciadas a lo largo y ancho de la geografía de Chile, en todos los pueblos, en todas las ciudades y pequeños asentamientos campesinos y mineros, ante pequeñas audiencias o ante centenares de miles en las grandes concentraciones urbanas. Allende habla

convencido de lo que dice, con la misma solemnidad y con un mismo compromiso ético en cualquiera de las situaciones descritas. Insiste y reitera las peculiaridades de la revolución chilena, democrática, popular, antiimperialista, legal y constitucional, basada en la adhesión conciente de las grandes mayorías nacionales.

Una y otra vez, para culminar en la cuarta candidatura presidencial, en el Palacio de La Moneda.

¿Qué fuerza interior, qué determinación puede impulsar a un hombre a persistir y perseverar en un camino que, mirado desde hoy y hacia atrás, parece rectilíneo?

Lo que es claro es que esta perseverancia vivida con niveles de compromiso moral con el pueblo que permiten explicarla, hace que Salvador Allende, como otros grandes personajes de la historia universal, fusionen sus dimensiones personales con la historia.

La determinación y la profunda serenidad de su sacrificio el día 11 de Septiembre, se habían construido paso a paso, en todos sus años de liderazgo y compromiso. Sus últimas palabras macizas, consistentes, consecuentes y bellas parecen ser un discurso tallado golpe a golpe, al margen de la trágica coyuntura en que fueron pronunciadas.

Se construyó a sí mismo en el compromiso moral y político y fue cambiando con la vida, haciéndose cada vez más accesible humanamente, más simpático, más afectuoso, más gentilhombre, en la misma medida en que se afianzaba el sentido épico de su trascendencia.

En su último discurso hace un recuento de sus compromisos y se percibe una profunda tranquilidad de conciencia, en el sentido de que él ha cumplido con *la modesta mujer de esta tierra, con la campesina que creyó en nosotros, con la madre que supo de nuestra preocupación por los niños, con los profesionales de la Patria, con la juventud que cantó y entregó su alegría y su espíritu de lucha, con los hombres de Chile, con el obrero, el campesino, el intelectual.*

Una vez más, la política y la ética juntas. A la lealtad que los trabajadores de la Patria siempre tuvieron con él, responde que colocado en un trance histórico, pagará con su vida la lealtad del pueblo.

Es admirable y sorprendente advertir que, en ese momento definitivo, él habla en pasado de sí mismo, habla como si ya no existiera y se proyecta así hacia el tiempo futuro: “...y el metal tranquilo de mi voz ya no llegará a ustedes. No importa. La seguirán oyendo; siempre estaré junto a ustedes”.

Aquello de que de nuevo se abrirán las grandes alamedas, por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor y que esto ocurrirá mucho más temprano que tarde, en manos de otros hombres que superarán aquellos momentos grises y amargos, constituye un legado de filosofía política, de capacidad transformadora, de convicción patriótica, de fe y esperanza en la más humana y potente de las capacidades de la conciencia: la capacidad de construir la historia.

En nuestro mundo de hoy, cuando por la vía del así llamado Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos, el Estado de Chile según ha denunciado Armando Uribe, Premio Nacional de Literatura 2004, se “*comprometió frente a la más grande potencia que ha existido nunca en el mundo, a no variar ni por leyes ni reformas constitucionales, el modelo neoliberal capitalista desregulado*” (4), enajenando su soberanía, se hace indispensable que nuestros pueblos apelen a su memoria y a su bagaje moral, de audacia y originalidad, para construir la viabilidad de su emancipación.

Salvador Allende es parte sustantiva de nuestro equipaje para el viaje al futuro.

Hoy, en el año del centenario de su nacimiento, nos hemos acordado de Salvador Allende porque constituye algo nuestro, de todos los trabajadores de la salud, de todos los chilenos y latinoamericanos, de todos los que habitamos este Pueblo-Continente, como él lo llamó, de los sectores más avanzados, de la izquierda de hoy y de mañana.

Allende constituye un recurso fundamental de la política para superar en el próximo tiempo, su justificada y profunda crisis de trascendencia y significado por la que atraviesa, en estos tiempos de democracia vigilada después de la dictadura.

Allende nos cuenta y nos enseña que la política es un asunto de la sociedad civil entera; no es un simple manual de recetas tecnológicas e instrumentales para un quehacer menudo, al servicio del poder de algunos. Los partidos políticos son efectivamente partes diversas de la totalidad social y no cajas electorales ni agencias de empleos.

Su recuerdo y sus palabras orientan a cabalgar sobre los acontecimientos, a asumir la realidad política y social, nunca a negarla, para desde allí levantar las banderas de un proyecto moderno y contemporáneo de transformación social, cada vez más democrático, que de respuesta a las aspiraciones de justicia social y de pleno desarrollo de las grandes mayorías nacionales.

La política, la ética, la consecuencia y el compromiso, la valentía, la responsabilidad con la historia, la soberanía popular en el control de las decisiones políticas, la alegría y la esperanza ciudadanas, el sentido de la Patria, el legítimo orgullo por lo nacional, son cosas con las que hay que construir los próximos años de nuestra historia.

En búsqueda de los materiales necesarios para participar en la construcción del futuro que queremos para nuestros hijos y las próximas generaciones, debemos buscar en el cuarto de al lado donde está aún secuestrada nuestra historia. Allí encontraremos materiales muy nobles, muy clásicos y básicos con los que podremos avanzar en la construcción que queremos.

Algunos de esos materiales servirán más que otros y en algunos de ellos, si miramos con atención, encontraremos las bases del futuro.

Salvador Allende es uno de esos materiales nuestros.

Referencias

- 1 CRUZ-COKE, RICARDO. "Síntesis Biográfica del Dr. Salvador Allende". *Rev. Méd Chile* 2003; 131: 809-814
- 2 PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA DE CHILE. *Mensaje del Presidente Salvador Allende al Congreso Nacional*. 21 de Mayo de 1971.
- 3 ILLANES, MARÍA A. "En el nombre del pueblo, del Estado y de la ciencia. Historia Social de la Salud Pública. Chile: 1880-1973". *Colectivo de Atención Primaria*. Santiago; 1993; p. 478.
- 4 URIBE, ARMANDO. "De Memoria. By Heart. Par Coeur. (Después de Memorias para Cecilia)". *Tajamar Editores Ltda*. Santiago, Chile; 2006; 213-214.